

Claves para una nueva formación en pastoral con jóvenes

SÍNTESIS DEL ARTÍCULO

Para un nuevo impulso en Pastoral Juvenil es necesario unos agentes de pastoral fortalecidos. De ahí la necesidad de una nueva formación. En su reflexión, los autores, hablan de ejes y de focos de la formación.

De los ejes se destacan a Jesucristo. Y en los focos hablan de distintas perspectivas para plantear la formación (ser, saber, saber hacer... Competencias... formación contextual).

Todos los datos parecen indicar que la formación es una realidad desvalorizada. En los ambientes de pastoral juvenil donde nos movemos es fácil escuchar expresiones de este tono: «no tenemos tiempo para la formación », «los contenidos son muy abstractos », «la formación no conecta con nuestras inquietudes y experiencias», «el lenguaje está pasado de moda»... Conscientes de estas dificultades, queremos ofrecer en este artículo algunas claves para una formación en pastoral juvenil.

Los autores de este artículo estamos vocacionalmente dedicados al trabajo pastoral con jóvenes, cada uno desde un carisma peculiar y con distintas responsabilidades pastorales.

Durante años hemos colaborado en distintas iniciativas, teniendo a los jóvenes como motivo principal de estas colaboraciones.

Hemos compartido reflexiones sobre el presente y el futuro de la pastoral juvenil en diferentes grupos de trabajo, y en muchas de nuestras conversaciones. Muchos de nuestros diálogos acababan de esta manera: «Mira... el futuro de la pastoral va a depender de la fortaleza de los agentes de pastoral y de la fortaleza de las comunidades».

Hay que reconocer que en ocasiones los evangelizadores y las comunidades evangelizadoras mostramos signos de debilidad.

Ponemos aquí el eje de nuestra reflexión: «Sólo discípulos auténticos pueden ser apóstoles creíbles. Sólo comunidades coherentes y vivas pueden suscitar el deseo de la fe». Este es el corazón del artículo.

¿Cómo cualificar el sujeto de pastoral? La pregunta es interesante. Nos vamos a centrar en el agente de pastoral. En esta ocasión no va a ser la comunidad, como sujeto de pastoral, motivo de estas reflexiones.

Dice el diccionario que cualificar es «ayudar a ser lo que se es». Por ello, podemos decir que cualificar a un pastor es ayudar a que sea un pastor con el corazón del Buen Pastor; cualificar una comunidad es ayudar a que tenga la belleza de la comunidad cristiana.

El cristiano, o la comunidad cristiana, están en continuo crecimiento y transformación.

¿Qué herramientas tenemos para cualificar el sujeto pastoral? Por una parte propiciar un camino de conversión y de crecimiento.

Por otra, asentar un camino de formación. El tema se presenta estimulante.

El recorrido que hemos seguido en la argumentación es sencillo. Nuestro punto de partida es la pastoral juvenil del comienzo del siglo XXI. Una pastoral que precisa



un sujeto de pastoral fortalecido, sea una persona o una comunidad. Después intentamos recoger algunas claves para una nueva formación en pastoral juvenil.

1 Un nuevo impulso de la pastoral juvenil exige un agente de pastoral fortalecido

Monseñor Elías Yanes hace pocos meses escribía¹ que la pastoral juvenil es uno de los retos actuales para la Iglesia Española. Muchos de los que nos dedicamos al trabajo pastoral con jóvenes compartimos esta misma apreciación. Un nuevo impulso en pastoral juvenil es uno de los frutos deseados de la reciente Jornada Mundial de la Juventud.

Hemos acabado la primera década del siglo XXI. Estos años no han pasado en balde. Las dificultades en pastoral juvenil no han sido pocas y son visibles en muchos aspectos: disminución de jóvenes en procesos formativos, debilidad de estos procesos, cansancio y desorientación en algunos agentes de pastoral, dificultad para hacer visible la eclesialidad de la fe en no pocos jóvenes... Algunos dicen que estamos viviendo una gran mutación cultural acelerada por el individualismo y por la posmodernidad. Esta nos muestra cada día con más nitidez características de su rostro: individuación, consumo, pluralismo, relativismo, globalización, crisis, revolución tecnológica.

Todo esto está afectando a la pastoral juvenil y también a la peculiar formación que despliega cada modelo de pastoral. Por ejemplo refiriéndonos a la formación, no sería difícil hablar de las dificultades que han traído el individualismo, el consumo, el relativismo, la crisis... Pero también podríamos destacar las mil posibilidades formativas que abren la individuación, el pluralismo, la globalización, la revolución tecnológica... En el ámbito formativo también navegamos entre peligros y oportunidades, entre escollos y rutas fructíferas.

Una pastoral juvenil más espiritual, más misionera y más evangelizadora

Todo tiempo es apropiado para el evangelio.

Si la Iglesia se interesa por los jóvenes es por ellos mismos, en nombre de la Buena Nueva que la Iglesia lleva en sus entrañas.

Estamos convencidos, y esta convicción pone en movimiento toda nuestra persona, que el evangelio puede ayudar a niños, adolescentes y jóvenes a ser, a llegar a ser. Los agentes de pastoral, con nuestra labor pastoral, acompañamos a estos jóvenes en ese camino que les ayuda a crecer humana y espiritualmente.

El objetivo de este número de **Misión Joven** no es ofrecer rasgos para una pastoral juvenil actualizada. Aún así, apuntamos tres líneas de un posible esquema.

Siguiendo la ruta conciliar la Iglesia propone para hoy una pastoral juvenil *más espiritual, más misionera y más evangelizadora*.

Somos conscientes de que cada uno de estos rasgos pediría muchas otras palabras, pero detenernos en esta demanda nos sacaría de la ruta que hemos trazado para el artículo.

Valga, como botón de muestra, destacar la novedad que los próximos años promete en el discurso sobre evangelización.

Recordamos dos acciones eclesiales significativas.

¹ Elías Yanes Álvarez, *Sal Terrae y la formación del clero*, Sal Terrae 1153 (2011) 169.

La primera es la creación del nuevo «*Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*». Al crear este nuevo organismo vaticano se piensa especialmente en aquellos lugares donde el evangelio va perdiendo vigor, en concreto, se piensa en Europa. El segundo dato que queremos comentar lo ofrece el próximo Sínodo, cuyo tema es la evangelización: «*La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*».

El discurso sobre la evangelización está muy presente en el magisterio de los últimos Papas.

Pablo VI decía: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa»².

A los quince años de estas palabras, Juan Pablo II invitaba a una «Nueva Evangelización». El Papa decía que estábamos en unos «*nuevos tiempos*», que necesitan un «*nuevo ardor*» y requieren «*nuevos métodos*».

El Papa Benedicto ha enriquecido esta apuesta con la claridad de su magisterio: «Nos encontramos realmente en una era en la que se hace necesaria una nueva evangelización, en la que el único evangelio debe ser anunciado en su inmensa, permanente racionalidad y, al mismo tiempo, en su poder, que sobrepasa la racionalidad, para llegar nuevamente a nuestro pensamiento y nuestra comprensión» (Benedicto XVI).

Como podemos ver, el magisterio de la Iglesia habla desde hace varias décadas de la necesidad de una Nueva Evangelización.

Algunos se preguntan si será también necesaria una nueva educación. Las palabras del Papa Benedicto sobre la «emergencia educativa» parece que piden una reflexión y unas propuestas para una nueva educación.

Como bien sabemos la relación entre educación y evangelización es importante en pastoral juvenil, ya que esta disciplina entrelaza fe y educación. «Sin educación, en efecto, no hay evangelización duradera y profunda, no hay crecimiento y maduración, no se da cambio de mentalidad y de cultura»³.

Un agente de pastoral fortalecido

La evangelización es un proceso complejo, es un proyecto de conversión del corazón y de renovación espiritual de la vida.

La primera finalidad de la pastoral evangelizadora es la conversión de las personas al evangelio de Jesucristo.

Ante el anuncio valiente de los apóstoles el día de Pentecostés algunos judíos preguntaron «hermanos, ¿qué tenemos que hacer? Pedro les contestó: convertíos...»⁴. Una mirada a la historia del cristianismo nos hace ver la importancia de «la conversión» en el proceso de la evangelización.

Una sociedad de cristiandad podría hacer innecesario que subrayásemos este punto de arranque porque, en esas circunstancias, ser cristiano no era distinto de

² EN 14.

³ Benedicto XVI, Carta a don Pascual Chávez Villanueva, Rector Mayor de los Salesianos, con ocasión del Capítulo general XXVI, 1 de marzo de 2008, n. 4.

⁴ Hechos 2,37

participar en una comunidad social. Hoy esto no es así. Cada día es más evidente que el cristiano «no nace sino que se hace» (Tertuliano). Haber nacido en una familia cristiana, haber sido educado en un colegio cristiano, haber participado de grupos de formación cristiana... no asegura que uno se identifique como cristiano.

Las acciones de la Iglesia tienen como finalidad posibilitar el encuentro con Jesucristo que lleva a una crisis de conversión y a un cambio de vida. ¿Están nuestros procesos de formación cristiana pensados con este objetivo? Para llevar a cabo esta pastoral más espiritual, más misionera y más evangelizadora necesitamos mediaciones convenientes, entre ellas unos evangelizadores convertidos y unas comunidades convertidas.

Quizás nuestra debilidad en la pastoral evangelizadora esté manifestando que todavía no estamos evangelizados y convertidos.

Antes que anunciadores somos receptores del evangelio.

2 Un nuevo impulso en la formación

La persona del agente de pastoral es el punto que engancha pastoral juvenil con formación, la vocación recibida y la misión a la que es enviado. Visto de esta manera la persona del agente de pastoral (catequista, educador, monitor, sacerdote...) es de gran dignidad; es el punto neurálgico de la pastoral juvenil y de la formación.

Hemos afirmado que necesitamos un agente de pastoral fortalecido y convertido al Señor y a los jóvenes. Esto permite que el agente de pastoral tenga un concepto elevado de la misión que ha recibido. La escritura nos ofrece el ejemplo de San Pablo, con un concepto elevado del don recibido y de la responsabilidad correspondiente: «En nombre de Cristo somos embajadores: por nuestro medio es Dios mismo el que exhorta»⁵.

Somos conscientes de las tentaciones pastorales que nos acechan: superficialidad, improvisación, activismo, etc. También somos conscientes del peligro siempre presente de hacer discípulos de nuestras ideas, de nuestros proyectos, de nuestra mentalidad... más que discípulos del Señor y de su Evangelio. Todo esto pide humildad, lucidez, autenticidad..., pide un nuevo impulso en la formación.

Nuestra reflexión entra en estos momentos en un estadio importante. Algunos de los artículos de este mismo número de **Misión Joven** desarrollarán más extensamente lo que nosotros solo anunciamos.

El esquema de la reflexión es sencillo.

Nuestro punto de arranque es Jesucristo, eje integrador de la formación pastoral. A continuación, vemos la necesidad de una formación contextual que dé importancia a la identidad del agente de pastoral y a la adquisición de competencias.

2.1. Jesucristo y su evangelio: eje integrador de la formación pastoral

Desde nuestro punto de vista la formación en pastoral tiene como eje integrador el amor a Jesucristo y su evangelio.

Modelar

La palabra «modelar» hace referencia a un modelo. El modelo, el ideal, del educador y evangelizador cristiano es Jesús mismo, buen pastor y buen samaritano. Recordemos cómo el evangelio de San Juan nos presenta a Jesús como

⁵ 2 Corintios 5,20.

Buen Pastor y modelo de todo pastor. «Todos los buenos pastores son en realidad miembros del único pastor y forman una sola cosa con él. Cuando ellos apacientan es Cristo quien apacienta» (San Agustín).

Los discípulos del Señor aún teniendo cerca el modelo, Jesús mismo, tuvieron que seguir un proceso formativo lento, con diversas etapas: ilusión, crisis, soledad, momentos densos de interiorización, conversión, misión.

Posiblemente, estas etapas recuerden algunos de los momentos personales y formativos que hemos vivido. Es posible que hayamos visto a algunos agentes de pastoral transitar por estos caminos.

Estas etapas nos hacen conscientes que podemos vivir vigorizados o debilitados, pacificados o confundidos, libres o bloqueados, ilusionados o carentes de ilusión, frescos o quemados... ¡Debemos tener en cuenta todo esto! La formación, en este sentido, debe atender aspectos personales, afectivos y espirituales. Es decir, debe preocuparse por la identidad personal, el mundo del sentido, de las motivaciones, la sed de espiritualidad, la búsqueda de una mejor calidad de vida.

Esto no siempre se ha hecho así. Los programas formativos han podido centrarse en conocimientos y habilidades. Ya no es suficiente: hay que tener en cuenta el momento vital de la persona.

Formar

La palabra «formar» hace referencia a dar forma. Al hablar de esta manera queremos destacar aspectos como la pedagogía, el método, la razón, el programa, los objetivos... La Escritura puede ser leída desde una clave pedagógica: Dios enseña a su pueblo, Jesús es un maestro bueno⁶, el Espíritu Santo enseñará todo a los discípulos de Jesús⁷. La Iglesia, signo de la presencia de Cristo en la historia, se reconoce a sí misma como discípula⁸, madre y maestra⁹.

Esta manera de hablar nos anima a destacar las mediaciones, los instrumentos, que ponemos en funcionamiento para que el proceso de maduración de una persona pueda llevarse a cabo. Todo es importante, todo repercute en todo. Todo potencialmente puede ayudar o entorpecer en la labor formativa.

Las mediaciones de las que hablamos son la cultura, las instituciones, el ambiente educativo, la comunidad, los formadores (padres, educadores, agentes de pastoral, testigos,...), las actividades... Al diseñar los procesos formativos, en algunas ocasiones, podemos dedicar muchos esfuerzos en actividades (programas, acciones, experiencias...), y olvidemos otras mediaciones imprescindibles como son: la cultura, sentir eclesial, ambiente, comunidad, testimonio...

2.2. Algunos enfoques formativos Enfocar es dirigir un haz de luz a una escena, un objeto, una situación o un problema... con el objetivo de que pueda verse mejor. Poner un foco de luz en la formación es privilegiar un punto de vista que ilumine esa realidad formativa y resalta algunos rasgos sobre otros.

⁶ Mac 10,17.

⁷ Juan 14, 26.

⁸ DV 8.

⁹ «Mater e magistra», es el título de una hermosa encíclica de Juan XXIII.

Queremos ahora ver algunos enfoques que nos ayudan a hablar de la formación de los agentes de pastoral. No pretendemos describir los fundamentos teóricos de cada uno de estos enfoques. Ofrecemos una breve aproximación.

En los últimos años se han destacado dos enfoques distintos para hablar de formación.

Un primer enfoque da mucha importancia a la identidad de la persona y un segundo enfoque se centra en las competencias.

El primer enfoque lo suele priorizar las instituciones formativas y el segundo enfoque está más centrado en los intereses del individuo.

Ambos enfoque son válidos y se relacionan mutuamente. Por eso nosotros hablamos de una formación contextual.

Ser, saber, saber hacer

El informe Delors¹⁰, sobre la educación en el siglo XXI, parte de esta hermosa afirmación: «la educación es un tesoro». Propone una educación para toda la vida: formación continua o permanente. La razón de esta propuesta es fácil de explicar: vivimos un mundo en continuo cambio, nosotros también evolucionamos. Además la formación es siempre un acto de libertad. Somos libres de elegir crecer o estancarnos. Pero cuando uno decide no seguir creciendo, no formarse, empobrece su persona y también los proyectos a los que está dedicado.

Del informe del que hablamos son famosos sus cuatro pilares: aprender a conocer, aprender a ser y convivir, aprender a hacer.

El *Directorio General de la Catequesis* (1997) hablaba de *ser, saber y saber hacer*. El Directorio decía que «(de estas)... la más profunda hace referencia al *ser* del catequista, a su dimensión humana y cristiana. La formación, en efecto, le ha de ayudar a madurar, ante todo, como persona, como creyente y como apóstol. Después está lo que el catequista debe *saber* para desempeñar bien su tarea.

Esta dimensión, penetrada de la doble fidelidad al mensaje y a la persona humana, requiere que el catequista conozca bien el mensaje que transmite y, al mismo tiempo, al destinatario que lo recibe y al contexto social en que vive. Finalmente, está la dimensión del *saber hacer*, ya que la catequesis es un acto de comunicación. La formación tiende a hacer del catequista un educador del hombre y de la vida del hombre»¹¹.

De los tres núcleos (identidad, capacidad, habilidades) se destaca la preeminencia de la identidad. Podemos ver la pastoral juvenil como el arte de pasar del saber decir, o del saber hacer, a un saber ser que acerque a los Jóvenes hasta Jesucristo. De aquí la importancia, como venimos afirmando, de la formación de la persona del agente de pastoral (identidad personal) desde la clave dinámica del crecimiento.

El crecimiento personal es proceso lento de unificación personal, que pone en relación experiencias vividas, necesidades vitales o sociales, conocimientos, opciones, relaciones, vocación, proyecto de vida... Este proceso de unificación personal parte de la situación concreta donde se encuentra la persona; se dinamiza cuando la persona conecta la vida de fuera con la vida de dentro: personalización; implica conocimiento y gestión de sí mismo.

¹⁰ Cfr. http://www.unesco.org/education/pdf/DELORS_S.PDF

¹¹ DGC, 127.

Formación en competencias

En educación es habitual hablar de «la educación en competencias». Competente es quien domina una capacidad específica. Las competencias van unidas a la construcción de conocimientos y habilidades significativas, al progreso de disposiciones interiores valiosas y fecundas. Para conseguir estos objetivos es necesario poner en relación sensibilidad, visión, retos... que posibiliten una vida auténtica, desde un humanismo integral y trascendente¹².

Este enfoque también ha llegado a la formación de los agentes de pastoral. Todo educador está interesado por el crecimiento de su destinatario, con quien establece una relación educativa, y para lo que precisa innovación, flexibilidad, profesionalidad, responsabilidad, creatividad, capacidad de trabajo en equipo, capacidad de mediación, sentido crítico y dinamismo.

La pastoral juvenil necesita agentes de pastoral bien formados. Nos preguntamos qué competencias serán necesarias. Algunos dicen que hoy en un mundo complejo, el agente de pastoral necesita ser hábil en competencias culturales, teológicas, pedagógicas, organizativas y espirituales.

Las competencias deben concretarse¹³. Lo que nos interesa es formar educadores, o catequistas, o sacerdotes dedicados a la pastoral juvenil, o acompañantes espirituales, o animadores de programas diversos, u orientadores... competentes.

Formación contextual

El primer enfoque prioriza el punto de vista institucional (comunidad eclesial, comunidad parroquial, comunidad educativa pastoral con un carisma determinado). Este enfoque subraya la importancia de una consistente antropología. El problema antropológico está siempre presente en todo planteamiento formativo.

Álvaro Chordi y Koldo Gutiérrez

Publicado en Misión Joven nº 416, septiembre 2011

¹² DGC, 127.

¹³ Cfr. AA.VV, *Pastorale Giovanille: sfide, prospettive ed esperienze*, Elledici, Leumann (Torino), 2003.